

**José María Salvador González, *Ianua Coeli. Maria Mediadora de la humanidad. Explicación doctrinal e iconografía*, Valencia: Tirant Humanidades, 2023, 232 p.
ISBN: 9788419588883**

Piotr Roszak

Universidad Nicolas Copernico, Torun, Polonia

Universidad de Navarra, Pamplona, España

<https://dx.doi.org/10.5209/dmae.100831>

No hay muchos libros teológicos que se centren en presentar el impacto de ideas teológicas particulares en el arte (a menudo, cuando se piensa en los llamados *loci theologici*, se busca la relación opuesta y la influencia del arte en la teología), proporcionando así claves para comprender las obras de arte y ofreciendo así coordinadas teológicas específicas para la hermenéutica. A menudo, en las publicaciones de historia del arte nos encontramos con una amplia descripción técnica de obras individuales de arte religioso, pero lamentablemente sin un mensaje teológico: mucha información sobre la técnica de pintura o escultura, el material utilizado, la herramienta, la ubicación y la historia de la creación de la obra, pero sin referencia a aquello en lo que se inspiró el artista. El libro del filósofo español José María Salvador González no sólo llena este vacío, sino que propone una interesante manera de hacer teología en una época dominada por las imágenes, fruto de su profunda investigación sobre la teología patristica y medieval. El punto de referencia para el autor es el tema mariano y su presentación en el arte visual de los siglos XIII al XV, época de continuas discusiones mariológicas en la Edad Media.

Por ello, Salvador González se centra en los títulos marianos individuales que han aparecido en la tradición cristiana desde los primeros siglos. Se centra en particular en la definición de María como mediadora, que aparece explícitamente en el siglo VI o VII, según las opiniones de los diversos estudiosos, pero que ya está presente de forma implícita en la literatura del siglo II. Señala correctamente la especificidad de la teología de los primeros siglos del cristianismo, cuando las verdades de la fe se presentaban no mediante fórmulas teológicas, sino a menudo mediante imágenes poéticas o metáforas. En el caso de María, en aquella época se utilizaban imágenes como “puerta del cielo”, “escalera del cielo”, “camino al cielo”, presentes en los textos de los Padres de la Iglesia y en los himnos medievales. Y es precisamente allí donde el autor ve inspiraciones preciosas que a menudo se omiten en las investigaciones, aunque, como afirma el famoso adagio *lex orandi, lex credendi*, existe una es-

trecha conexión entre la oración y la práctica de la teología: como lo formula la teología litúrgica contemporánea, la celebración del misterio es *theologia prima*, de la que nace toda la reflexión de la Iglesia. Esto se ve claramente en el ejemplo de la liturgia hispano-mozárabe, cuya teología está contenida en la eucología de este rito, y el estudio de los himnos interpretados durante la celebración ha sido recientemente objeto de profunda investigación.

Al decidir recorrer este camino de profundización en la Mariología, especialmente en sus inicios, el autor establece unas coordinadas teológicas que están determinadas por la enseñanza de los primeros concilios sobre la maternidad de María (en el contexto del dogma cristológico de Nicea) y su papel en la obra de la salvación de Cristo, como aquella que se une al Hijo, y aquí está la fuente de su “participación” y mediación. De la maternidad los Padres extraen la conclusión de la maternidad espiritual de María sobre todos los hombres, desde Adán en adelante, que se dejaron renacer por la gracia de Cristo, su Hijo, y vivir una vida nueva. La mediación universal de María se expresa precisamente en estos términos.

La monografía de Salvador González se divide en dos partes principales, que pueden calificarse de ‘texto’ e ‘imagen’, ya que se refiere a la forma en que se presentaron cronológicamente las verdades de fe sobre María. Primero aparecieron textos, oraciones, tratados, himnos, y sólo después apareció la imagen. Sin embargo, el autor no separa acertadamente las dos perspectivas, porque la mayoría de las veces en las publicaciones se elige una (por ejemplo, en la literatura teológica) o la otra (los análisis de motivos iconográficos). Ésta es, en cierto modo, una de las primeras lecciones de este libro: hacer teología no significa sólo leer textos, sino entrar en la verdad que se expresa de múltiples maneras, a través de la palabra y de la imagen.

La primera parte del libro, dedicada a textos cristianos de la antigüedad y la Edad Media, se nutre de tradiciones orientales y occidentales. Se trata de un estudio temático reflexivo, más que una enciclope-

dia, que aporta abundantes detalles para que el lector quiera seguir leyendo, en lugar de quedarse estancado en la admiración por un autor. La lista de teólogos analizados es impresionante, ya que incluye tipos de afirmaciones, como comentarios bíblicos, tratados, textos eucológicos y autores de diferentes orígenes culturales. Una buena muestra del estilo del autor es su aproximación a San Efrén, del que no habla tan solo brevemente, resumiendo sus principales ideas teológicas, sino que cita textos, los interpreta y muestra la aportación de San Efrén, por ejemplo, en el desarrollo de la discusión sobre la antigua representación de Eva y María. También es capaz de centrarse en los detalles, como comparar a las dos mujeres, Eva y María, con los ojos del cuerpo: Eva representa el ojo izquierdo, oscuro y ciego, a través del cual la oscuridad lo cubre todo, mientras que María es el ojo derecho del cuerpo, brillante e iluminando todo lo que lo rodea. Salvador González basa sus análisis en textos fuentes citados en notas a pie de página, lo que permite al lector advertir muchos matices filológicos interesantes.

Merece la pena prestar atención a los análisis medievales, que incluyen autores conocidos (como San Buenaventura) y teólogos menos conocidos, sus sermones y reflexiones marianas. Sin embargo, lo que merece especial atención es el análisis de los himnos medievales que encontramos en el libro y motivos como *ianua coeli*, *porta Paradisi*, *scala coeli*, que fueron ampliamente utilizados por autores de ambas tradiciones, oriental y occidental. Pero lo que más interesa al autor es el modo como recurrieron al cuidado y a la intercesión de María, elevaron aclamaciones, la alabaron como mediadora llena de misericordia, auxiliar, consoladora y protectora de los fieles. En los himnos se puede observar no sólo un estilo de expresión, sino también una combinación de muchas tendencias y motivos diferentes en los versos.

La segunda parte del libro es una interesante descripción de los motivos iconográficos que aparecen en las pinturas de los siglos XII-XV que representan los misterios marianos. José María Salvador González dividió estas manifestaciones según su tema o motivo principal. Por un lado, está la presencia de Eva y la indicación de María como la “nueva Eva” (capítulo 4), en otros cuadros es el motivo de la puerta abierta (capítulo 5), pero también analiza las representaciones de María como Madre de Misericordia (capítulo 6), descubre su presencia a través del prisma del Juicio Final como salvación de los pecadores (capítulo 7) o la forma en que es presentada en los pórticos góticos.

En todo esto, vale la pena prestar atención a una cierta regularidad estadística en cuanto al número de páginas, ya que 2/3 del libro son una presentación de aspectos teológicos de las pinturas medievales dedicadas a la Anunciación. Enseñan la observación cuidadosa de los detalles, la conexión con los textos bíblicos y la cita de la literatura más reciente. Sin embargo, el autor logró mantener un excelente equilibrio de contenido entre la primera y la segunda parte. En el caso de análisis de pinturas medievales individuales, los textos incluidos en el libro pueden constituir fácilmente estudios separados y, como se puede ver en la bibliografía, el autor había escrito previamente textos sobre muchos de ellos (por ejemplo, Fra Angelico).

En el caso del libro de José María Salvador González, estamos ante una publicación que introduce el rico mundo de las referencias teológicas, en la que el Autor quiere señalar las formas fundamentales de interpretación de la verdad dogmática en las representaciones artísticas. Por eso, la selección –por ejemplo en el capítulo 5, donde se trata el tema de la “puerta abierta”– de imágenes que han sido sometidas a análisis teológico es acertada e impresionante. Allí encontrará, entre otras cosas: Anunciaciones de maestros como el Maestro de la Madonna Strauss de ca. 1390-95, Melchior Broederlam de 1393-1399, los Hermanos Limbourg, Robert Campin 1420-25, Gentile Bellini, 1475, Pinturicchio 1492-94 de los apartamentos Borgia en los Palazzi Vaticani.

Cada descripción de las pinturas individuales de la Anunciación se centra en la capa histórica, el contexto de la creación de la obra, pero también en las experiencias personales de los artistas. El autor, sin embargo, quiere mostrar algo que otros no señalan: lo hace en el contexto de las representaciones de María en la casa de Nazaret, que, sin embargo, está pintada de tal manera que remite al templo. Por una parte, indica a María como el *templum Dei*, para subrayar que su seno, de donde vino al mundo el Mesías prometido, pero también toda María, es el templo en el que Dios está presente en su Hijo. Por otra parte, algunos pintores, como Robert Campin, representan a María como si estuviera en una puerta, en medio de un gran arco gótico, insinuando así la idea de representar a María como la puerta del cielo o la puerta del paraíso. La ubicación y la forma de presentación de esta puerta están vinculadas a la teología de los Padres de la Iglesia para demostrar que María es quien hace posible el encuentro con Jesús.

Cada uno de los cuadros presentados por el autor requeriría una discusión aparte, pero el lector, después de familiarizarse con la riqueza del arte religioso medieval, se plantea preguntas no sólo sobre el pasado, sobre cómo la fe inspiró formas de expresión como las pinturas, hoy tratadas como obras maestras, y sobre cómo entender el lenguaje simbólico de los detalles que se encontraban en estas pinturas como un fondo discreto y, al mismo tiempo, con un profundo mensaje teológico. Pero el libro de José María Salvador González abre preguntas aún más importantes: sobre las formas de inspiración en la cultura actual. ¿Qué se necesita para que se produzca un encuentro tan refrescante entre teología y arte? No se trata de las “emociones” que surgen al encontrarse con el misterio, sino de la forma en que se transmite. No se trata de un único camino, de un único modelo, sino de una diversidad que no confunde sino que abre direcciones para la reflexión ulterior. Pero también se trata de la presencia del arte en la transmisión de la fe a las jóvenes generaciones. No se trata de asociaciones con un “museo”, donde la gente contemporánea suele buscar arte religioso, sino de comprender la filosofía de la imagen, que transmite un mensaje importante de una manera diferente a las palabras. En tiempos de iconos añadidos a los mensajes de mensajería instantánea y de dominio general de las imágenes en los medios, prestar atención a qué imagen y cómo se asocia a una palabra puede dar sus frutos, y ésta parece ser una de las preguntas que el libro de José María Salvador González deja al lector.